

# EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 15  
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, ABRIL 15 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50  
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25  
Gerente: ANTONIO GUYÁS



JUANA DE ARCO.

Cuadro de Mme. Chantillon.

# EL EXTERIOR

## Revistas políticas y literarias

### 1.—Enfermedad parlamentaria.

#### 2.—Las africanas.

1.—Todo lo que atañe al porvenir del parlamentarismo no es caro; creemos que el parlamentarismo atenuado á la americana, es decir, transformado de gobierno casi absoluto de los parlamentos, en gobierno equilibrado entre el parlamento y el ejecutivo y mantenido en sus límites constitucionales por la acción del poder judicial es la sola receta capaz de garantizar la libertad política, sin la cual las libertades individuales son cuentos de niños.

Muchos defectos tiene el régimen este, claro; pero no hay otro que mejor pueda dejar todo su resorte expedito á la autoridad y todo su espacio abierto á la libertad.

Por todo lo que nos es simpático en alto grado cuanto tiende á desembarazarlo de obstáculos y á reconciliar con él á cuantos le desconfían, porque lo reputan un simple órgano de tiranía de palabreros. Por ejemplo, lo que ha pasado en Francia con la proposición de Andrés Berthelot presentada á la Cámara de diputados es excelente y reclamado por todo lo que hay allá de sano, sensato y liberal. Copiaremos la proposición porque contiene una definición muy clara y muy práctica de presupuesto; hela aquí: "el presupuesto prevé y autoriza para el ejercicio con que se relaciona 1o. los gastos públicos en los límites resultantes de las leyes existentes. 2o. las rentas destinadas á cubrirlos. 3o. los diversos medios de servicio.— Ningún crédito que atañe sea á empresas ó trabajos nuevos, sea á aumentos de sueldos, indemnizaciones ó pensiones, sea á creaciones de servicios, empleos ó pensiones ó á su extensión fuera de los límites previstos por las leyes vigentes, no puede ser inscrito en el presupuesto si el gasto no ha sido de antemano autorizado por una ley."

Esto es lo principal; Berthelot y sus elocuentes auxiliares Julio Roche y Ribot, demostraron que, casi siempre con un fin electoral, los diputados hacían llover año por año las adiciones al presupuesto y año por año subía la suma de los gastos en un "crescendo" espantable, lo que exigía siempre un aumento en la cifra del impuesto, de donde resulta que si el aumento de la fortuna pública es de 5 por ciento anual, el del tributo es de un 10, lo que es bastante más grave que todas las amenazas de guerra con Inglaterra. Y á pesar de la rabiosa oposición que le hicieron, Pelletán y otros radicales socialistas que lo acusaban de traidor, Berthelot vió triunfar su proposición y formar parte del Reglamento parlamentario.

No sucede lo mismo en la Cámara de Diputados italiana; las leyes de seguridad pública que, después de los terribles tumultos de hace tres años, se ceyeron necesarias para reprimir las reuniones subversivas y la prensa de excitación á la violencia y al mal, no han podido ser refrendadas por las cámaras gracias á la tremenda obstrucción que la izquierda radical ha organizado contra ellas. Tres ó cuatro gabinetes han caído procurando sacar adelante estas leyes y el Presidente del Ministerio actual General Pelloux, haciendo uso de una facultad que la constitución concede al ejecutivo las promulgó (éste es el famoso decreto ley) á reserva de obtener luego la sanción de las Cámaras.

Mas parece que el procedimiento ó la aplicación de la ley-decreto, no han sido del todo legales y así lo ha declarado el tribunal de Casación y ha sido necesario iniciar la ley en forma de auto de Cámara. La mayoría del gobierno es enorme, pero los ochenta ó noventa diputados de la izquierda provocan tales tumultos, libran tales batallas, hay en ellos tan buenos gladiadores (vimos el otro día que el gran novelista D'Annunzio se unió á ellos seducido no por sus ideas, sino por sus actitudes) que la Cámara italiana no puede trabajar; aquí sí está enfermo el parlamentarismo. Habrá necesidad de recurrir á algo parecido al reglamento de la Cámara de los Comunes, tal como lo hizo modificar Mr. Gladstone mismo cuando luchaba á brazo partido con la obstrucción parnelista.

Lo más grave es que en la sesuda y firme Alemania la discusión de la ley Heinze ha dado motivo á altercados tan violentos y ruidosos que aquello se parecía como una gota de agua á otra á un parlamento italiano, húngaro ó francés (podíamos citarlos todos) Es la ley Heinze, que lleva el nombre no de un diputado al Reichstag que fuese su autor, sino de un insigne rufian cuyo "caso" dió motivo á un proyecto presentado por los conservadores, pero calurosamente apoyado por las simpatías del Emperador, terrible y minucioso á la vez, lo que lo hace más terrible y cuyo objeto es moralizar á la sociedad berlinesa por medio de una ley, lo que no es fácil. Se trata de estorbar de tal manera "los procedimientos" con que los rufianes y solapadores favorecen la práctica del vicio que se ven obligados á levantar el campo con sus parvadas de palomas de Afrodita. No vamos á lucubrar aquí sobre los "convenientes" ó inconvenientes que este código de sanidad moral pueda tener y si por perseguir un mal ciertamente grave no se producirá otro más grave quizás. En principio hay que aceptar que puesto que el Estado moderno está armándose de nuevo de todas las armas que el movimiento revolucionario iniciado á fines del siglo pasado había hecho caer de sus manos, y que además procura que esas armas sean perfeccionadas, no vacile, por respeto al derecho individual, en prescindir del combate contra el vicio y justo es que si se le exige tener hospitales se le permita atenuar las epidemias en sus focos. Pero esto es excesivamente delicado, puede dar lugar á confusiones lamentables y entregar á los abusos de muchos la vida privada y la santidad del hogar y la paz de las familias. La aplicación de estas leyes suelen ponerse en manos de agentes que tienen las manos rudas y que salvan los límites con una facilidad pasmosa. Entonces la vejación y la tiranía se vuelven insoportables; por ese camino y paso á paso, puede convertirse una ciudad moderna en la Ginebra de Calvino, y, en verdad, hay quien prefiera el infierno.

Pero quienes han hecho cuanto de su parte ha estado para impedir el paso á la ley son los artistas. Sí por un lado todas las afirmaciones religiosas y por otro los dogmas políticos y por el otro todas las prescripciones morales atajan su libertad de interpretación de la naturaleza y de la sociedad ¿qué harán? ¿qué no harán para sacudir estas trabas? Mas lo que los ha indignado hasta la incandescencia es que en una misma ley se definen las responsabilidades de los lenones y las suyas. De aquí las protestas, las cóleras, los gritos, y las escenas frenéticas del parlamento.

2o.—La Augusta señora que acaba de ser recibida con tanto respeto y afectuoso entusiasmo en Irlanda debe tener el corazón magullado por las emociones de su triunfo, por la noticia del atentado estúpido y frustrado por fortuna contra el príncipe de Gales y por la que circula en Europa y los Estados Unidos sobre el proyecto de manifestación firmada por las mujeres de ambos Continentes en favor de la paz entre Inglaterra y los Boers. Esta noticia debe preocuparla; un millón de mujeres diciendo á una mujer: "no más sangre, no más lágrimas, paz, paz, en nombre de la humanidad, en nombre de Dios," tienen que ser oídas; hablan á un corazón de esposa, porque la reina Victoria es, por la presencia de su alma de "su adorado Alberto, como acaba de decir á los irlandeses, más una esposa que una viuda; á un corazón de madre, una gran madre y una madre grande, en el doble sentido de los vocablos.

Y ¿por qué esta intervención femenina en este asunto exclusivamente de hombres? Porque la guerra nunca es un asunto de hombres tan solo; es más de las probables viudas y huérfanas; porque en la guerra de Australáfrica hay una circunstancia especial: la mujer boer se ha mostrado durante la guerra admirablemente mujer y extraordinariamente hombre.

Los testigos presenciales de la guerra de cuyas cartas está llena la prensa europea, pintan con emoción las escenas de las estaciones en el Transvaal y el Orange, en los momentos de partir los "comandos" rumbo al Natal ó al Cabo; allí la mujer es esposa y madre silenciosa é intensamente tierna, lacrimosa, bravía, resignada, procurando que los sollozos de los chiquelos ante el "pa" que partía no suavizasen demasiado el corazón del hombre.

Pero la guerra se prolongaba, los campos iban á quedar improductivos; no había quien cosechara el trigo, quien organizase la explotación. Las mujeres fuertes las verdaderas mujeres fuertes de la Biblia, leían de pie, muy de mañana, un trozo de la Biblia y partían al trabajo; han trabajado sin cesar y con tanta asiduidad y tanta inteligencia que los campos han producido más, los rendimientos han sido mejores, el gobierno que dispone de oro ha comprado, y las mujeres volvían por la noche al hogar leían otro fragmento de la Biblia, besaban á sus hijos y á la mañana siguiente volvían al trabajo: "Es, dice un testigo, un interesante aunque penoso espectáculo; donde quiera mujeres y solo mujeres que dirijían las labores en lugar de los hombres; pero admira ver con que habilidad y con qué energía gobiernan sus granjas. Entré en una de ellas: allí había dos mujeres y algunas muchachas ocupadas en el campo; en otra una mujer llevaba los cuernos del arado, otra la cuerda y otra fustigaba la yunta. Todo está en perfecto orden en esas familias privadas de su jefe; reina en ellas un espíritu de tranquila confianza en Dios, en la justicia de su casa y en el valor de sus hombres."

Si en medio de sus inusitadas ocupaciones les llega la noticia de que son viudas, la mujer africana, dice un periódico inglés, el "Standard," no solloza, no grita; dice una plegaria silenciosa y lleno el corazón de inmortalidad, de esperanza, de Dios, vuelve al trabajo. Eso si en cuanto sus ocupaciones se lo permiten, unce á sus pesados carros los clásicos bueyes de Australáfrica, y á través de caminos espantosos, esta verdadera heroína de Homero, penetra en plena epopeya. Ayuda á su marido, le carga el arma, le lleva un poco de buen pan, un par de zapatos, lo acompaña algunos días. Otras veces la compañía es en el hospital, al herido, al moribundo. En esto todas las mujeres son iguales; admirables las boers, lo mismo que las "ambulantes" de la Cruz Roja, lo mismo que las mujeres de los oficiales ingleses que á través de todos los peligros y horrores de caminos impracticables y de campos de batalla que no ha habido tiempo para levantar, han ido á reunirse con sus maridos, desde la esposa del "highlander" hasta las del príncipe de Teck y del fels-mariscal Roberts.

Mas lo que comienza á ser por todo extremo conmovedor y sorprendente es lo que según toda probabilidad ha comenzado á ser un hecho desde la invasión del Orange; la participación de las mujeres en la guerra. "En cuanto á mí, escribía hace poco una de estas valientes, estoy pronta á ir, hombro contra hombro, á combatir con mis hermanos y compatriotas y á derramar mi sangre por nuestra independencia. Y hay centenares que como yo están dispuestas á hacer lo mismo." La mujer boer como la mujer suiza de los tiempos de las luchas con Austria y como su antecesora la que luchó á hachazos con los zulús en 1838, está, desde niña, acostumbrada á manejar las armas y los maillers le son tan familiares como á sus maridos. Claro es que se creen en el deber de tomar parte en la lucha y puesto que los ingleses han cuadruplicado sus fuerzas, los bóers no tendrán inconveniente en duplicarlas con sus mujeres, y la defensa de la patria que, á pesar de los triunfos de hace algunos días amenaza ser todavía tan larga, tan inquietante, tan peligrosa y tan sangrienta para los ingleses, tomaría entonces un carácter tan doloroso, tan inhumano que la bandera de la civilización no puede ir más allá. En las cercanías de Lady Smith, dice un telegrama, los ingleses tuvieron que saltar horrorizados sobre fosos colmados de cadáveres de mujeres. Otros partes hablan de que las mujeres permanecían en las trincheras en el momento mismo de la batalla; que entre los muertos de ese día (28 de Febrero, se encontraron dos mujeres y una niña herida de diez y seis años.

Allí hay una gran cosa que respetar; la nación caballeresca de los soldados de Cumberland que en Fontenoi, decían, saludando al enemigo: tirad primero, señores franceses, no puede tirar contra las mujeres más que besos en las puntas de los dedos.

Justo Sierra

# Judas.

Me acuerdo aun de mi primera pregunta. Entonces la vida llovía mucho sol sobre mis cabellos.

—¿Y Judas, madre?

—Judas fué uno de los doce apóstoles que vendió al divino maestro. Esa mañana, una mañana de mi tierra, envuelta en neblinas testarudas, como si el mar cercano esperezándose le enviara un vaho inmenso; quemaban al traidor en varias calles, en efigie de cartón pintado, con edicios de cohetes, ante una parvulada del pueblo, que aullaba de alegría, ó se echaba á silbar desesperadamente cuando marraba uno de los cohetes de la rudimentaria pirotécnica.

Más tarde, ya lejos de mi valle, “del triste valle donde yo nací”, dicen unos versos muy románticos—nos daban ejercicios en mi colegio. La capilla obscura resonaba con la voz gangosa del padre lector, y recuerdo que proponiendo la primera meditación de la mañana, leía en el negro libro de San Ignacio.

—Cayó Judas y lo substituyó San Mateo; cayó Pelagio y lo substituyó San Agustín; cayó Lutero y lo substituyó San Ignacio.

Judas otra vez; no pregunté ya, le conocía, era “uno de los doce,” el que vendió al Divino Maestro.

Y corrió aún el tiempo y una tarde gris también en que mi espíritu que es como el agua tranquila que refleja todos los matices del cielo tenía tanta bruma como la que puede contener un libro de Rodembach, leía el evangelio cerca de la ventana de mi celda de estudiante.

El sol tramontaba ocultamente, como un rey que viaja de incógnito. Apenas si detrás de la niebla lo denunciaba un pálido círculo de tonos más claros, como una mancha circular de aceite en un pliego de papel blanco. El campo parecía soñar bajo el pabellón melancólico del cielo, algunos pájaros friolentos garruleaban en los árboles del jardín y llegaba á mi oído el monótono lloro del agua del baño cayendo sobre la alberca.

Leía el relato inefable de la última cena. Ahí estaba Iscariote. Mientras Juan, “el discípulo que Jesús amaba,” como se llama él á sí mismo con deleite, apoyaba su cabeza en el hombro del Cristo, Judas que “metía la mano en el plato,” que comía el pan y bebía el vino de la Pascua, fraguaba ya la traición; pero el capítulo más doloroso era el del beso: “Con un beso entregas al Hijo del Hombre?”

Dejé el libro sobre el alfeizar y me quedé contemplando el paisaje, enfermo y serenamente triste como mi ánima.

Y fué aquella la tercera vez que encontré en mi camino á Iscariote.

La cuarta, la quinta, la sexta . . . le encontré leyendo la historia y la poesía heroica. Hay un Judas en la Iliada; hay un Judas en los albores de la Reconquista de España; hay un Judas en la tragedia amorosa de “Alhamar el Magnánimo.”

Yago en el tremendo drama de Shakespeare, tiene alma de Judas; en México tuvimos un Judas, que por gracia de Dios, no nació entre nosotros: Picaluga; hemos tenido otros, que calentaron su infancia al rayo puro de nuestro sol . . .

Judas por donde quiera, á traves de la marcha de la humanidad; Judas vuelto símbolo; Judas tornado beso siniestramente inmortal!

Aún encontré al traidor con este último disfraz, bajo la máscara de un beso, beso de los labios ante quienes se ora, de los labios que creimos hostias rojas, hostias de bendición y que fueron porta estandartes de Iscariote, chasqueando eternamente en los siglos; y la dolorida frase del espíritu que responde á la nefanda caricia, diciendo:

“Con un beso entregas al Hijo del Hombre?”

\*\*\*

Cuando encontré al Judas simbólico, escribí estos versos:

Que aquel que recorriendo su ruta de asperezas—haya abrevado su alma en mayores tristezas, que mis tristezas, alce la voz y me reproche.

—Job, Jeremías, Cristo, Daniel, en vuestra noche—toda llena de angustias de redención, había—un astro: el astro de una ideal teoría—Dios vino

hasta vosotros, Dios besó vuestra frente,—Dios abrió en vuestro cielo la brecha reluciente—de una esperanza . . . En mi alma todo es sombra, y en ella—Jamás, jamás! titilan los oros de una estrella.—Mi alma es como la higuera, por el Señor maldita:—No da fruto ni sombra, ni reposo; no agita—sus abanicos de hojas; sus ramas, ¡ay! desnudas, servirán á la desesperación de algún Judas:—de algún ideal tráfuga que me besó con dolo—y que por fin se ahorca desamparado y solo!

Que aquel que recorriendo su ruta de asperezas—haya abrevado su alma en mayores tristezas—que las mías, levante su voz de trueno . . . En

de azahares, como para la primera comunión, escondeos. Escondeos, pobrecitos míos, porque “él” viene; adelanta ya entre los árboles espesos. La luna es tan misericordiosa, que se atreve á besar su cara antes que él bese vuestras lindas mejillas nacaradas. Ah! yo bien quisiera cobijaros entre mis brazos pero están clavados . . .

Y Judas llega! Y Judas besa!

Sí, á “él” también le toca su turno; al día siguiente de la crucifixión, cuando el cuerpo luminoso del Cristo se extremece ya en su tumba nueva para resucitar y ascender á la gloria del Padre, Judas se detiene ante la higuera que sombrea un triste arrabal de Jerusalem. El remordimiento



donde—están los grandes tristes? Ninguno me responde!—La eternidad es muda y el Enigma cobarde . . .

Hermana, tengo frío: el frío de la tarde!”

\*\*\*

Y el Judas simbólico es ya un viejo conocido mío: Se que vendrá, lo espero siempre. Cuando el cielo es más azul y el horizonte más puro, veo erguirse su silueta de un rubio insultante; su melena rojiza flota al viento de la mentira. Su rostro pecoso sonríe . . .

Echaos á temblar pobres ilusiones, nidada gorgeadora de mi alma; encogeos humildes amores míos; esperanzas vestidas de blanco y coronadas

le ciñe como con sierpes de espinas. Va á ahorcarse, mientras los ángeles cantan: “resurrexit; non es hic;” mientras Magdalena busca perfumes para ungir el cuerpo del Amado. El espumarajea mientras la de la Magdalo adora.

La de Magdalo es el amor inmortal; él es la inmortal infamia!

Magdalena es el beso que se posa como paloma en los pies del Dios adorado.

Judas es el beso que quema la mejilla con lumbre de traición.

Magdalena diviniza á su amado, pregonando muy de mañanita, porque el amor madruga, su ascensión á los cielos.

Judas lo vende y lo sacrifica!

Y sin embargo, esa alma toda luz y esta alma toda sombra, realizan la redención: Judas vendiendo á Cristo, glorificándolo Magdalena. Quien dice que no es eficaz ante los designios del Altísimo la obra de la infamia lo propio que la obra del amor?

Y Judas se ahorca.

Pero resucitará; resucitará con una resurrección maldita: es eterno; sin él no hay pasión y es preciso que todos los corazones estén crucificados, á fin de que se obtenga el fin supremo del universo, que es el perfeccionamiento por medio del dolor.

*Amado Derró*

### BLANCO y ROJO.

Aquel verso era dulce como el trino de un ave, y al decirlo el poeta hicieronle las gentes cruel desaire.

(Era escrito aquel verso con la pluma de un ángel....)

Entonces, el poeta dijo un verso de angustias... sollozante y esta vez, conmovidas, le rindieron las gentes, homenaje.

Era este triste verso una gota de sangre!...

*Oscar Sepúlveda.*

### ACUARELA

Se ha dormido Mimí, la enamorada, De blanca palidez; se ha dormido, Y el tema musical en su gemido Parece que preludia una balada.

Está muy triste y sola la morada Que de idílico amor fué el tierno nido; Está muy triste y sola; han huido Los cantos de un poema en su alborada.

Ahora animarás tu lienzo, artista, Y tú, poeta enfermo, entona el canto Con tu rítmica lira quejumbrosa:

Prorrumpe en tus tristezas de idealista Y llora por Mimí; dale tu llanto A tu Mimí romántica y nerviosa.

México, Abril de 1900.

*Juan de Orcí.*

### Á MI MADRE.

No fuiste una mujer, sino una santa Que murió de dar vida á un desdichado, Pues salí de tu seno delicado Como sale una espina de una planta.

Hoy que tu dulce imagen se levanta Del fondo de mi lóbrego pasado, El llanto está á mis ojos asomado, Los sollozos comprimen mi garganta.

Y aunque yazgas trocada en polvo yerto, Sin ofrecerme bienhechor arrimo, Como quiera que estés siempre te adoro,

Porque me dice el corazón que has muerto Por no oírme gemir, como ahora gimo, Por no oírme llorar, como ahora lloro.

*Julián del Casal.*

### DAMAS MEXICANAS.



SRITA. EDELMIRA DE MURÚA, de México.

### EL NIDO.

Los dos en su contento, han hecho de su nido una delicia; en él los meses, el perfumado viento, y la aurora, al nacer, los acaricia.

Alegres, juguetones, de rama en rama, con inquieto vuelo, arrancan, del laud de sus canciones los himnos de su amor, himnos de cielo.

A veces, en la obscura prisión de la enramada, dulcemente, se vuelven, beso á beso la ternura, nota á nota, la pasión ardiente.

Llegaron cuando el frío no escarchaba en el césped las lucientes y temblorosas perlas del rocío, ni el agua rumorosa de las fuentes.

Llegaron con las flores, cruzando mares y escarpadas cimas, trayendo con sus alas sus amores, temerosos del frío de otros climas.

Llegaron cuando el duelo inclinaba abatida mi cabeza, cuando al morir mi fe, mi último anhelo crepúsculo, no más, fué mi tristeza.

Y mil veces su canto dió alivio á mi agitado sufrimiento, Y secó tantas gotas de mi llanto como sombras borró del pensamiento.

Y su festiva nota me hizo esperar consuelos en la vida... la vida, nave abandonada y rota, por olas y huracanes sacudida!...

Hoy ensayan las alas los tiernos frutos que esperaron tanto. ¡Hoy el nido feliz está de galas! Hoy repite la selva un nuevo canto!

Venid, aves de estío, que de nota pobláis cielo ántes mudo... vuestra es la luz, las flores y el rocío... primavera de amor, yo te saludo!

*E. E. Rivarola.*

### CRISTO.

Entre el furor de la caterva impía, Desfallecido y con la cruz á cuestras, Llega el Hijo de Dios sobre las crestas Del monte que de horror se estremecía.

Ya elevada la cruz le sostenía; Y en las regiones de la tierra opuestas, Cielos y mar y llanos y florestas, Todo es tiniebla en tan tremendo día!

Del sacro monte se desgarró el velo, Y la Madre de Dios un ¡ay! profundo Lanza, cayendo sobre el duro suelo.

Se estremece el abismo en lo profundo; Y en medio del horror de tierra y cielo, Brota la sangre que redime al mundo.



EXPOSICIÓN DE PARIS.—Pabellón de Noruega.

# UN NAUFRAGIO.

Correspondencia de nuestro representante en París.

A bordo del "Versalles"

El furioso temporal que nos trajo á mal traer durante casi toda la travesía, tenía que producir numerosos siniestros marítimos. El naufragio, propiamente dicho, el buque que desarbolado y desarticulado por el oleaje y por el vendaval, se va á pique y arrastra consigo á la tripulación, es un acontecimiento cada día más raro y cada vez más difícil. Las construcciones navales modernas por su magnitud, por su solidez y por la potente maquinaria que encierran sus entrañas, pueden, cada día, con mayores ventajas, sostener la lucha contra el mar y contra el viento.

Largas de doscientos y más metros; construídas de hierro forjado; calando miles de toneladas; animadas por la potencia de millares de cuádrigas de vapor; casi sin velamen; provistos de mástiles de hierro de incalculable solidez, los paquebots modernos son verdaderas fortalezas blindadas contra los golpes de mar, tan rudos á veces como el choque de los grandes proyectiles modernos; pueden, proa al viento, hender el huracán y rasgarlo en dos como con una cuchilla; su inmensa pesadumbre gravita como una montaña sobre el oleaje y lo aplasta: el rayo que acomete al mástil que se desliza por el cordaje de acero y se pierde, inofensivo, en el mar, y esos monumentos son trompos demasiado pesados para que los baile el ciclón.

Cuando el huracán se desata, se recogen todas las velas, se cierran todas las escotillas y claraboyas, se da proa al viento y al oleaje, se fuerza la máquina y se juega al toro con las ondas y se jinetea al oceano. Los únicos enemigos terribles del steamer moderno son el fuego y la colisión. Un refinamiento de precauciones, vastas instalaciones de extinción, bombas poderosísimas permiten afrontar al primero. El choque contra el escollo no es en realidad posible, sino en mares desconocidos y casi ya no los hay; hoy la civilización ha puesto en cada roca un fanal, en cada peñasco una estrella. La colisión entre buques es en realidad el gran peligro; y ni la vigilante sirena, ni el alumbrado eléctrico de los barcos bastan siempre á conjurarlo en días de niebla; en mares frecuentados y especialmente cerca de los grandes puertos. Por manera que quien se embarca en un gran vapor moderno está más seguro que en su casa, y que los amantes de las grandes emociones no las encuentran ya á bordo de los buques co-reos.

Son la barca pescadora, el paillebot, el velero impotente, inconsistente y desarmado, siempre el débil y el pequeño, quienes dan el principal contingente al siniestro marítimo. Nuestro "Versalles," viejo veterano, un poco lento, pero muy sólido, resistió sin avería el mal tiempo y en su casco se mellaron los colmillos y se embotaron las garras de las furias.

Calmado el huracán, á doce horas de Santander, subimos sobre cubierta y comenzamos á presenciar un desfile siniestro. Ya es un tablón columpiándose á merced del oleaje, ya una vigueta que se tiende y se incorpora como un cadáver flotante, ya un tablero que navega al garrete como la balsa de "La Medusa" y sobre el cual nos esforzamos en vano por descubrir un naufrago; luego un frag-

mento de mástil con su cordaje al viento y escarmentado como una cabellera.

Estamos en el teatro de un naufragio. Una niebla apenas translúcida limita nuestro horizonte, y nos impide explorar la inmensidad. Tal vez á poca distancia una barca atestada de naufragos espera é implora socorro; á cada paso creemos ver ya una balsa, ya un bote, ya un cadáver flotante. Ilusión de óptica, creación de nuestra imaginación inquieta y sobre excitada. Sobre el puente, la oficialidad explora minuciosamente todos los repliegues del mar y todos los rincones oscuros de la niebla; la sirena lanza sus lúgubres aullidos para indicar á los naufragos nuestra presencia y nuestra posición y reanima sus esperanzas y sus fuerzas; poderosos fanales eléctricos procuran agujerear la bruma y hacerse ver á lo lejos.

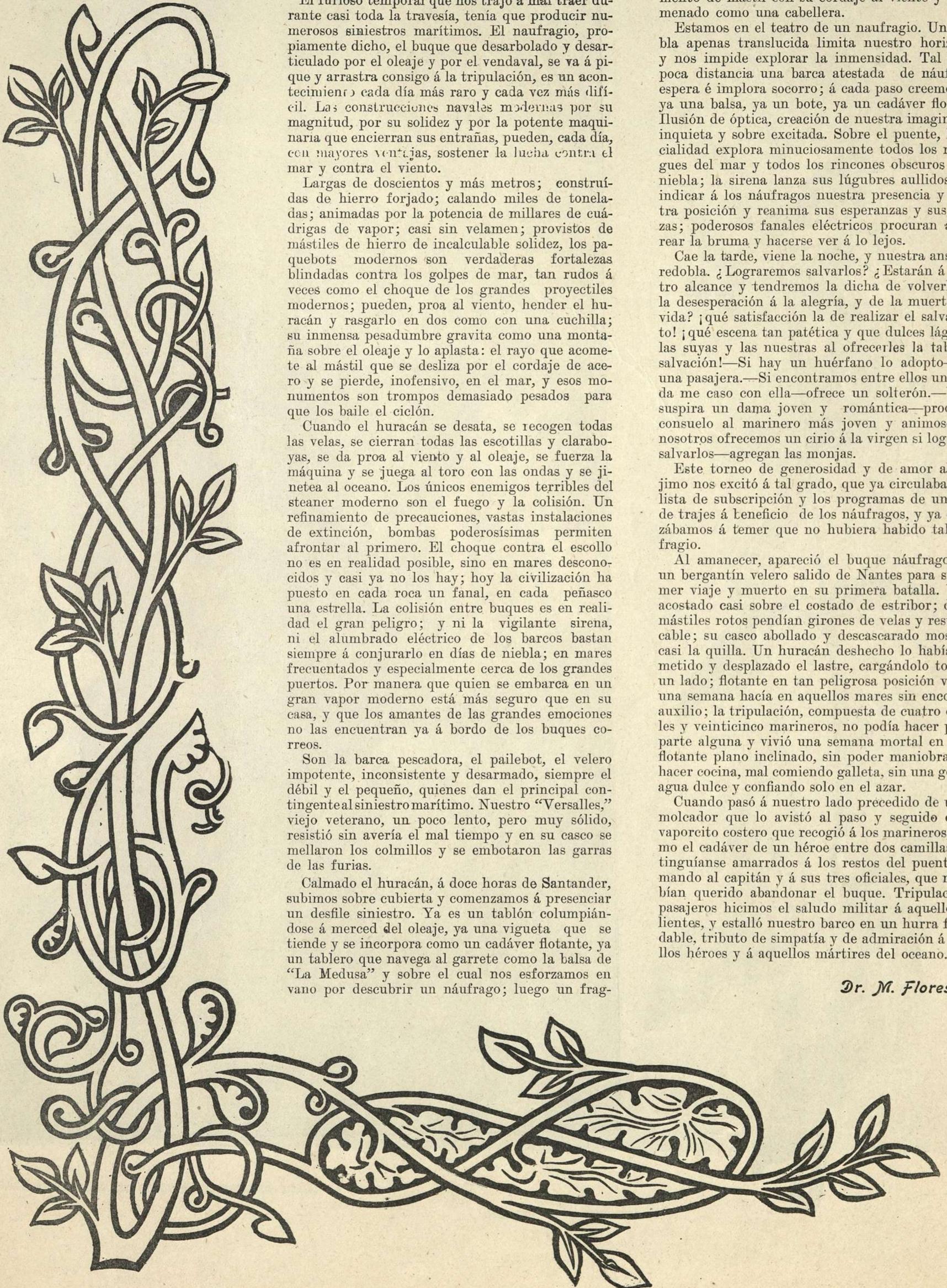
Cae la tarde, viene la noche, y nuestra ansiedad redobla. ¿Lograremos salvarlos? ¿Estarán á nuestro alcance y tendremos la dicha de volverlos de la desesperación á la alegría, y de la muerte á la vida? ¿qué satisfacción la de realizar el salvamento! ¿qué escena tan patética y que dulces lágrimas las suyas y las nuestras al ofrecerles la tabla de salvación!—Si hay un huérfano lo adopto—dice una pasajera.—Si encontramos entre ellos una viuda me caso con ella—ofrece un solterón.—Yo,—suspira un dama joven y romántica—prodigaré consuelo al marinero más joven y animoso.—Y nosotros ofrecemos un cirio á la virgen si logramos salvarlos—agregan las monjas.

Este torneo de generosidad y de amor al prójimo nos excitó á tal grado, que ya circulaban una lista de subscripción y los programas de un baile de trajes á beneficio de los naufragos, y ya empezábamos á temer que no hubiera habido tal naufragio.

Al amanecer, apareció el buque naufrago. Era un bergantín velero salido de Nantes para su primer viaje y muerto en su primera batalla. Venía acostado casi sobre el costado de estribor; de sus mástiles rotos pendían girones de velas y restos de cable; su casco abollado y descascarado mostraba casi la quilla. Un huracán deshecho lo había acometido y desplazado el lastre, cargándolo todo de un lado; flotante en tan peligrosa posición vagaba una semana hacía en aquellos mares sin encontrar auxilio; la tripulación, compuesta de cuatro oficiales y veinticinco marineros, no podía hacer pie en parte alguna y vivió una semana mortal en aquel flotante plano inclinado, sin poder maniobrar, sin hacer cocina, mal comiendo galleta, sin una gota de agua dulce y confiando solo en el azar.

Cuando pasó á nuestro lado precedido de un remolcador que lo avistó al paso y seguido de un vaporcito costero que recogió á los marineros,—como el cadáver de un héroe entre dos camillas, distinguíanse amarrados á los restos del puente de mando al capitán y á sus tres oficiales, que no habían querido abandonar el buque. Tripulación y pasajeros hicimos el saludo militar á aquellos valientes, y estalló nuestro barco en un hurra formidable, tributo de simpatía y de admiración á aquellos héroes y á aquellos mártires del oceano.

Dr. M. Flores.





LA BUENA VENTURA.—Las cartas no engañan, señora mía.

CUADRO DE E. HEILEMANN

# EL VIAJE A LA CAPITAL.

## ANTAÑO Y OGAÑO.

Una antigua y muy generalizada costumbre en nuestro país, ha sido siempre la de preferir la época de Semana Santa para echarse un paseito por

otros, de "llenar" su vista con las magnificencias del ritual romano.

De esta suerte, la semana que precede á la mayor, es una semana en que los preparativos de viaje se multiplican en las villas y los villorios de nuestra República.

Los padres de familia hacen su presupuesto y

Los caminos eran detestables y detestables también las diligencias, esas enormes carrozas, de durísimos muelles que brincaban y brincaban sobre los hoyancos del camino, removiendo las entrañas, magullando los miembros y convirtiendo todo viaje en un verdadero calvario, cuyas pesadumbres y sufrimientos no eran debidamente compensados ni por las más dulces emociones de la llegada.

Sí, esa visita á la capital era, antaño, asunto que debía mucho pensarse y más prepararse. Ni el arreglo de los asuntos materiales y espirituales salía sobrando: testamento y confesión casi formaban parte integrante del viaje mismo, de ese viaje cuyo feliz éxito estaba muy lejos de hallarse garantizado.

Figurémonos un viaje de aquellos. Solía partirse muy de mañana, antes de que el sol caldease los campos y fatigase en demasía al triple atajo de mulas que habían de tirar de la diligencia. La diligencia esperaba á los viajeros, enorme, pesada, rechinadora, con su caja roja semejante al vientre de alguna bestia apocalíptica y su compartimiento trasero, forrado de cuero y destinado á guardar los equipajes.

Una vez que los equipajes se hallaban en su sitio, se procedía á la colocación de los pasajeros, asunto por demás espinoso y delicado, y causa no



Hace 35 años.--Asalto á una diligencia.

la capital, y aunque, en los últimos tiempos, los festejos patrios de Septiembre suelen atraer á mucha gente de fuera, siempre perdura la costumbre de la visita metropolitana durante la Semana Mayor, y es entonces cuando por nuestras calles y nuestras plazas se desparrama esa regocijada y simpática turba de provincianos, que viene á divertirse, que luce sus trapitos de cristianar y que marca su paso por la metrópoli con un reguero de pesos, fácilmente ahorrados en el trabajo y en la tranquilidad del rancho, de la hacienda, del pueblo ó de la villa.

Y es natural: la Semana Santa significa, en todo el mundo que ha sentido la caricia benéfica del Cristianismo, varios días de descanso, varios días de interrupción del trabajo, en loor y remembranza del Hombre.—Dios que en las gotas de su sangre dió al mundo todo un impulso nuevo y abrió horizontes más risueños, más nobles y más fraternales.

Por otra parte, la Iglesia metropolitana acostumbra conmemorar esos días con ceremonias vistosas y magníficas, muy capaces de atraer á gran número de fieles y de curiosos, ávidos los unos, de prosternarse ante el Crucificado entre las pompas de la orquesta, del incienso de los cirios y de las pedrerías del metropolitano; los

arreglan sus negocios; las madres ofrecen una misa al santo del lugar para que las "saque con bien" de su viaje; las niñas se prueban los vestidos negros, empañan listones y sedas y se regocijan de antemano con los placeres metropolitanos, que entrevén al través de rosado nimbo de ilusiones y de esperanzas.

Después, al tren; unas cuantas horas de camino y pronto las luces eléctricas de las estaciones metropolitanas se reflejarán en su retina

¡Pero cuánto han cambiado las cosas, qué diferencia de un viaje á la capital hoy en día, con los que se efectuaban hace años!

Antaño, un viaje de algunas leguas revestía tantos peligros y estaba sujeto á tantas peripecias, que necesitaba en verdad cierta dosis de valor para emprenderlo por placer únicamente.



Hoy.--Una estación ferrocarrilera.

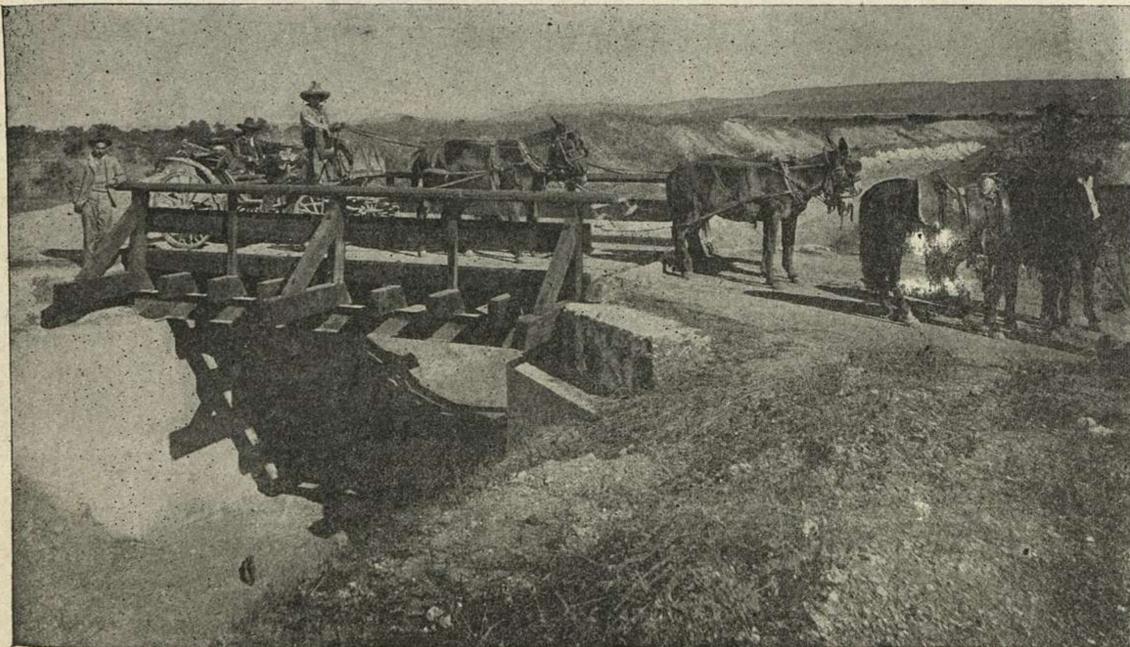
pocas veces de reyertas. La verdad es que no era para menos, porque en aquellas diligencias la paridad de la paga no correspondió de ningún modo á los asientos, pues si algunos eran relativamente cómodos,—¡y muy relativamente!—había otros capaces de descoyuntar al más recio, y aún era frecuente el tener que conformarse con un sitio en el techo de la diligencia, desgracia que exigía verdaderos prodigios de equilibrio.

Una vez embarcados los viajeros en aquella enorme caja roja, el administrador de la Casa de Diligencias se esforzaba en pasar una revista de ellos, identificando sus cataduras con los datos que tenía escritos en una gran cartera de cuero. Si tenía dudas ó sospechas, hacía preguntas; si no las tenía, entregaba la cartera al auriga y ordenaba la partida.

El cochero hacía resonar el látigo, arrancaban las mulas y, con su arranque, extremeceáse, crujía y rechinaba la pesada carroza, que por fin se lanzaba por esos caminos con vaivenes de barca vieja en mar tempestuoso, arrancando chispas de los empedrados urbanos ó levantando densas nubes de polvo de los caminos reales.

Los viajeros, apretados unos contra otros, á cada salto y á cada vaivén chocaban entre sí y las peripecias del camino eran ocasiones propicias para dar y recibir abrazos y besos furtivos, cuando la casualidad encerraba á dos enamorados dentro de la panza de la diligencia. Los trajes oscuros tornábanse blancos por el polvo del camino y polvorosas tornábanse también las cabezas, y polvorosos los rostros.

Si llovía, tanto peor; porque, si bien entonces



El viaje más incómodo.

desaparecía la molestia del polvo, surgían en cambio otras mayores, capaces de desesperar al más paciente cristiano. Los caminos se convertían en lodazales, por los cuales apenas podía transitar la diligencia con lentitudes, funerarias; á las veces el auriga y el sota exclamaban "hasta aquí" y la carroza, hundida en el fango hasta media rueda, tenía que esperar hasta que aquello secara un poco ó á que pasara por ahí algún refuerzo de mulas para su tiro, para poder proseguir su camino.

Las comidas eran malas, caras y no pocas veces problemáticas. Verificábanse en posadas ó rancherías y no siempre alcanzaban para todos los viajeros, especialmente en aquellos aventurados tiempos de guerras intestinas en que las partidas beligerantes solían barrer, para su propio consumo, con todo el comestible que se encontraban á su paso, ya fuera cuadrúpedo, volátil ó vegetal.

De suerte que un viajecito de aquellos era un verdadero martirio.

Mas hasta ahora no hemos hecho mención de otra circunstancia que aumentaba más todavía los peligros y las desazones, y que era el principal espantajo de los viajeros de la época; nos referimos á los ladrones.

¡Oh, los ladrones! ¡Esos bandidos que se cobijaban en los vericuetos del Monte de las Cruces ó de la Sierra Madre; esos bandidos que vemos hoy reproducidos en esas figurillas de barro que hacen las delicias de los turistas americanos: tirados en torno de un sarape, jugando albuces, con pañuelos los que les cubren el rostro y armados hasta los dientes; mientras que otro, carabina en mano y encaramado en lo alto de una roca, espía á lo lejos el paso de la diligencia ó la llegada de las escasas fuerzas militares que los perseguían!

Por más que en la tradición popular corran todavía muchas historias de bandidos en que aparecen héroes al modo de Diego Corrientes, no hay que creerlas fácilmente. Aquellos bandidos eran en su mayoría brutales y despiadados y su famoso grito de "azorrillense" con harta razón infundía pavor á los viajeros y con mayor razón todavía á las viajeras....

Solía suceder que un viajecito de semana santa á la capital de la República, fuese un viajecito á esa región misteriosa que la chanzoneta popular ha bautizado: "el otro barrio."

¿Y ahora?

¿Cuánto complace una comparación, por somera que sea, de aquellos viajes con estos viajes!

Hoy se instala el viajero en el mullido sillón de un carro de muelles triples y por la paralela de hierro, en unas cuantas horas, se desliza hasta la capital.

Si la distancia es mayor, el Pullman ofrece cómodo lecho y buena mesa, y el viaje se verifica sin zozobras ni molestias, admirando hermosas perspectivas y grandes obras de la ciencia y del esfuerzo humano.

Pero la generalidad de la gente, al comparar los viajes de antaño y de ogaño, comete la ingratitud de fijarse solamente en el ahorro de tiempo y no en el aumento de la seguridad.

Cierto que existen aún algunos rateros de estación y de tren, pero ¡que va de ellos á los bandidos de antaño!

Y á los que echen de menos aquellas ocasiones de furtivos escauceos amorosos que se presentaban merced á los vaivenes de la diligencia, les recordaremos que en los ferrocarriles.... hay túneles.

Oscar Herz.

## La Chucha.

Lo primerito que José San Juan—conocido por el "carpintero"—hizo al salir de la Penitenciaría de Alcalá, fué presentarse en el despacho del Director.

Era José un mocetón de bravía cabeza, con la cara gris mate, color de seis años de encierro, en los cuales sólo había visto la luz del sol dorando



los aleros del tejado. La blusa nueva no se amoldaba á su cuerpo, habituado al chaquetón del presidio: andaba torpemente, y la gorra flamante, que torturaba con las manos, parecía causarle extrañeza, acostumbrado como estaba al antipático birrete.

—Venía á despedirme del señor director, dijo humildemente al entrar.

—Bien, hombre, se agradece la atención, contestó el funcionario. Ahora á ser bueno, á ser honrado, á trabajar. Eres de los menos malos; te has visto aquí por un arrebato, por delito de sangre, y sólo con que recuerdes estos seis años, procurarás no volver.... Que te vaya bien. ¿Quieres algo de mí?

—¡Si usted fuera tan amable, señor Director.... si usted quisiera....

Animado por la benévola sonrisa del jefe, soltó su pretensión.

—Deseo ver á una reclusa.

—Es tu "Chucha," ¿verdad?.... Bueno, la verás.

Y escribió una orden para que dejasen entrar á

Pepe el "Carpintero" en el locutorio del presidio de mujeres.

Bien sabía el director lo que significaban aquellas relaciones entre penados; los galanteos á distancia y sin verse de "chuchos y chuchas;" el amor rey del mundo, que se filtra por todas partes como el sol, y llega donde éste no llega nunca, perforando muros, atravesando rejillas.

Tenían casi todos los penados en la penitenciaría de mujeres una "galeriana" que por cariño remendaba y lavaba su ropa; una compañera de infortunio, á la cual no habían visto nunca y cuyas atenciones pagaban con cartas, rebotando sentimentalismo ridículo, pero sincero.

Era el sacro amor introduciéndose en aquel infierno para burlarse de la severidad de las leyes humanas; la vida y sus efectos floreciendo allí, donde el castigo social quiere convertir á los reprobos en cadáveres con apariencias de vida.

El presidio, un convento vetusto, y el penal de las mujeres soberbio y flamante contemplábase desde cerca, mudos, inmutables; pero un soplo de pasión contenida y ardiente, de primavera amorosa, germinando entre la mugre de la "casa muerta," iba de uno á otro edificio como la caricia fecundadora que por el aire se envían las palmeras de distinto sexo.

Tan grande emoción embargaba á Pepe al dirigirse al locutorio de mujeres, que sus piernas temblorosas acortaban el paso....

¿Cómo sería su "chucha?"

¡Por fin, iba á verla!

Y pensando en las formas de que la había revestido su imaginación en las noches de insomnio ó en los solitarios paseos patio abajo y arriba, todo el pasado revivía de golpe en su memoria.

Para comenzar, su entrada en presidio, resultado de tener mal vino y pronta la mano, los primeros meses de sorda excitación, de huraño aislamiento, viendo deslizarse los días como pesadas ondulaciones de un río gris y triste. Después, cuando hizo amigos, extrañáronse que un muchacho cual él, guapo y fuerte, que si estaba en trabajo era por ser muy hombre, no tuviera su "chucha," como los demás. Ellos se encargaban del arreglo: escribirían á sus amigas y no faltaría en la casa de enfrente quien atendiese á tan buen mozo.

Un día le dijeron que su "chucha" se llamaba Lucía más conocida con el apodo de la "Pelusa," y Pepe le escribió, encontrando dulce satisfacción en saber que más allá de aquellos muros había alguien que pensaba en él y se interesaba por su vida.

Pronto á este goce espiritual se unieron satisfacciones del egoísmo; alababan la limpieza de su ropa blanca y sentían envidia al ver ciertos manjares, obra todo de la "Pelusa," de la enamorada "chucha," que invisible como un duende tenía para él cuidados maternales.

—Pero camarada, y qué suerte la tuya; le decían los compañeros de pelotón con mal encubierta envidia.

—Esa "Pelusa" es de oro, añadía un veterano del presidio, oráculo de la gente joven. Consérvala chaval, que mujeres así entran pocas en libra.

—¿Pero cómo es? Preguntaba Pepe con creciente curiosidad. ¿Es joven? ¿Por qué está presa?....

—Algo mayor que tú debe ser, pues creo que no es esta la primera vez que visita esta casa.... ¿Pero que te importa que sea joven ó vieja? Tú déjate querer, que esa es la obligación de los buenos mozos y cuando salgas en libertad búscate otra que te atienda lo mismo.

Pepe protestaba. Sentía duplicarse el agradecimiento hacia aquella mujer; las relaciones, que al principio le parecían cosa de risa—buena úni-



camente para distraer el tedio del encierro—le llegaba muy adentro ya, y la gratitud se volvía atracción, viendo que no pasaba día sin que, en el rastrillo, entregasen para él paquetes de tabaco, prendas de ropa ó algo de comer que le sostenían fuerte y robusto, y sano, librándole del rancho in-

sípido del penal, la peor engañifa para el hambre.

Pocos días dejaban de escribirle. Las primeras cartas respiraban ese énfasis amoroso, aprendido en los epistolarios populares; pero fueron haciéndose más sinceras, según los dos amantes, por aquel reiterado contacto de alma iban conociéndose. Hablaban de su situación, de la desgracia en que se veían, en términos vagos—como si les causara rubor decir por qué y de qué modo—y contaban fecha tras fecha el tiempo que les faltaba para cumplir. El saldría libre un año antes que ella. . . . ¡Con qué tristeza lo repetía la pobre "chucha!" Y José protestaba con entereza de muchacho enérgico, caballeresco á su manera, incapaz de faltar á la palabra. El esperaba á que saliera ella; se casarían; y serían felices; lo decía de corazón, sintiéndose ligado para toda su vida por el reconocimiento á sacrificios, que habían endulzado sus amargas horas.

No sabía si aquello era amor; realmente nunca se había sentido dominado por mujer alguna; no recordaba más que lances fáciles, los encuentros casuales de su época obrera; pero á su "chucha" . . . la quería sin conocerla y juraba no abandonarla jamás. No porque estuviese en presidio era un canalla capaz de olvidar á aquella mujer que pensaba en él á cada momento, y trabajaba porque nada le faltase. Consistía su única preocupación en saber algo de la historia ó del aspecto de su "chucha." Por desgracia, los mandaderos no la conocían; en la galera, regida por monjas, no entraba otro hombre sino el director y con escrupulosa delicadeza, ni él ni ella se atrevían, en sus cartas, á hablar del pasado ni de sus personas, como temiendo que, al entrar la luz, se rasgase el ambiente del misterio amoroso, y se disipase el hechizo. Los últimos días, ¡qué turbación tan intensa! . . . Pepe hablaba entusiasmado de la próxima salida, y ella contestaba lacónicamente; sus palabras respiraban tristeza; casi se lamentaba de que el hombre amado recobrase la libertad, recelando despertar del ensueño de seis años. Y la misma impaciencia de sus últimos días de escribir dominaba á Pepe cuando entró en el locutorio de las penadas. Después de entregar la orden del director, quedose solo; hasta que, por fin, á través de la tupida reja, oyó suaves pisadas femeniles. Dos monjas se apostaron, inmóviles, en el fondo de la galería, donde no podían oír las palabras, pero sí seguir con la vista todos los movimientos de la que ocupaba el locutorio; y una galeriana fué aproximándose, con paso torpe, cual si la asustase llegar á la reja.

No hizo Pepe movimiento alguno. Las monjas no le habían entendido! Aquella mujer no era la que él buscaba; y miró con extrañeza á la reclusa, especie de payaso de la miseria, disfrazada con faldas grises; los ojos saltones, veteados de sangre, el pelo gris, cerril y escaso, alborotado sobre la frente, y asomando entre los labios lívidos una dentadura enorme, amarillenta, de caballo viejo. La mujer aparecía, además mal perjeñada, sucia, como si, enfaenada en la furia del trabajo, se hubiese olvidado de sí misma. Se miraron algunos instantes con extrañeza, y acabaron sonriendo, convencidos de la equivocación.

—No; no es usted—dijo Pepe.—Yo busco á la "Pelusa." Me acaban de poner en libertad y vengo á conocerla.

La galeriana se hizo hacia atrás, con rápido movimiento de mujer, cuyo sistema nervioso está en perpetua tensión por el género de vida.

—¡Eres tú. . . . tú! . . . ¡Pepe!

Y se lanzó contra los hierros como si buscase ver mejor, devorarlo con los ojos.

Permanecieron silenciosos breves instantes. Ella, pasada la primera impresión, mostró profundo desaliento; sus ojos se llenaban de lágrimas, tributo pagado á la decepción horrible. El absorbía con la mirada la degradación de aquella ruina, que parecía haber recogido en su persona la vejez y la inmundicia de todo el presidio. . . . ¡Dios, cuán fea era! Tragándose el llanto, sofocando su tristeza, la "Pelusa" fué la primera en romper el silencio, como si deseara terminar cuanto antes aquella escena penosa y difícil.

—¿Vienes á despedirme? . . . Bien hecho; se estima. Mira: yo mientras viva no te olvidaré.

Y bajó la cabeza para no mirarle; dijérase que su presencia la causaba daño, revolviendo el recuerdo de su cariño de la entraña. . . . condenado á extinguirse.

—No, Lucía; vengo no más á verte. Ni me despedido ni me voy. . . . Vengo á decirte que soy el mismo. . . . y á cumplir la palabra.

Pepe profirió esto con fuerza, con acometividad, ofendiéndole la sospecha de que aquella entrevista pudiese ser la última. Entonces la "chucha" se atrevió á contemplarle: pero con expresión de tierna lástima, á estilo de madre que agradece dulces mentiras del hijo.

—No quieres darme mal rato. . . . Bien, hombre. . . . Dios te lo pague; pero ya ves cómo soy: vieja, un susto, y además poca salud. . . . ¡Si supieras qué guerra les doy á las pobres hermanas con este corazón que siempre me está doliendo! . . .

Se detuvo al llegar aquí, cual si se avergonzase. Su cara, de una palidez blancuzca, tono de cera amasada con arcilla, se coloreó animándose. Hizo un esfuerzo y continuó:

—Estoy aquí por ladrona; no hecho otra cosa en mi vida sino robar. . . . Y á tí ¡basta verte! tienes cara de bueno; habrás venido por alguna desgracia. . . . vamos, por bronca ó cosa parecida. No me engañes ¿para qué? . . . No vas á salir, con que me quieres, hijo. . . . Mirame bien. . . . ¡Si puedo ser tu madre!

Impresionado por las palabras de la reclusa, Pepe quería discutir las, y las acogía con furiosos movimientos de cabeza; pero Lucía prosiguió sin darle tiempo á que protestase:

—Estoy más enferma de lo que parece; después de este traje, ya sé que no salgo de aquí con vida, ¡ay, cómo me duele este perro corazón! . . . Esque me han engañado; yo creí que eras uno de tantos, un verdadero chucho del presidio. . . . Y por eso te quise. ¡Nada, cosas que se le ponen á una en la cabeza; humo que se le mete allí! . . . ¡Y estaba yo más atontecida! Ea, hombre, márchate y no te acuerdes del santo de mi nombre. Dios te dé suerte cuanta mereces, y que encuentres una mujer según necesitas. . . . Porque tú vales un imperio. . . . ¡Eres mucho mozo, caramba!

Lo murmuraba con el alma entera, pegando su pobre cabeza de criatura á los hierros, apretando contra ellos sus manos descarnadas, ansiosas de tocar al deseado de sus ensueños, que se presentaba en la realidad, joven, arrogante y con aquel aire de bondad y simpatía. . . .

—No, "Pelusa"—contestó el mocetón con entereza.—Yo soy muy hombre, y los hombres sólo tenemos una palabra. Prometí casarme contigo y esperaré á que salgas. No vengo á despedidas, sino á que me conozcas. . . . y á decirte hasta luego. Si te crearás que se olvidan seis años de sacrificios, de vestirme y de matarme el hambre, mientras tú, sabe Dios lo que comerías y cómo vivirías? . . . Pues

ni que fuera yo un señorito de esos que viven estrujando á las mujeres. . . .

Seguía la "Pelusa" agarrada á los hierros, y vacilaba lo mismo que si aquellas palabras cayesen con tremenda pesadumbre sobre su cuerpo endeble.

—¿Pero va de veras?—con voz ronca.—¿Serás capaz de quererme así como soy? . . . ¿Vas á esperarme un año?

—Mira "Pelusa"—continuó el muchacho. Yo no sé si te quiero como á las otras mujeres. Lo que te digo es que no pienso irme y no me iré. . . . ¿Qué no eres guapa, guapa? Conformes. ¿Pero es que en el mundo sólo las guapas han de encontrar quien las quiera? No me importa lo que fuiste ni porque entraste aquí: á mi lado serás otra cosa. Esperaré trabajo; el director que es bueno, me empleará en las obras de la casa; si es preciso pasaré necesidad, pediré limosna. . . . Lo que te aseguro es que no me largo, y que ahora soy yo, ¡yo! quien traerá á su "chucha" ropa y comida.

Lucía cerraba los ojos. Parecía que la deslumbraban las fogosas palabras de aquel hombre, y echaba atrás el rostro contraído por grotesca mueca, que expresaba asombro y felicidad.

—Tengo aquí clavado el agradecimiento—prosiguió Pepe—y ganas de llorar cuando pienso en lo que has hecho por mí. ¿Dices que podrías ser mi madre? Lo serás si quieres: yo no he conocido á la mía. Sales y viviremos juntos; trabajaré para tí sin pensar más en copas ni en amigos; á mi lado engordarás, te remozarás, y ¡já no acordarse de este sitio! Tú aquí encontraste un hombre de bien, y yo la primera mujer de mi vida.

¡Dios mío. . . . ¡Virgen Santísima! ¡Virgen! . . . Era la "Pelusa," que se desplomaba lentamente, mientras sus manos se cubrían de arañazos al deslizarse por el enrejado duro y pinchador.

Cayó como un fardo de arapos, estremeciéndose, balbuceando entre convulsiones, con vocecilla infantil:

—¡Pepe, Pepe mío!

Las dos monjas, mudos testigos de la entrevista, vieron caer á la "Pelusa" y corrieron para recoger del suelo aquel montón de infelicidad.

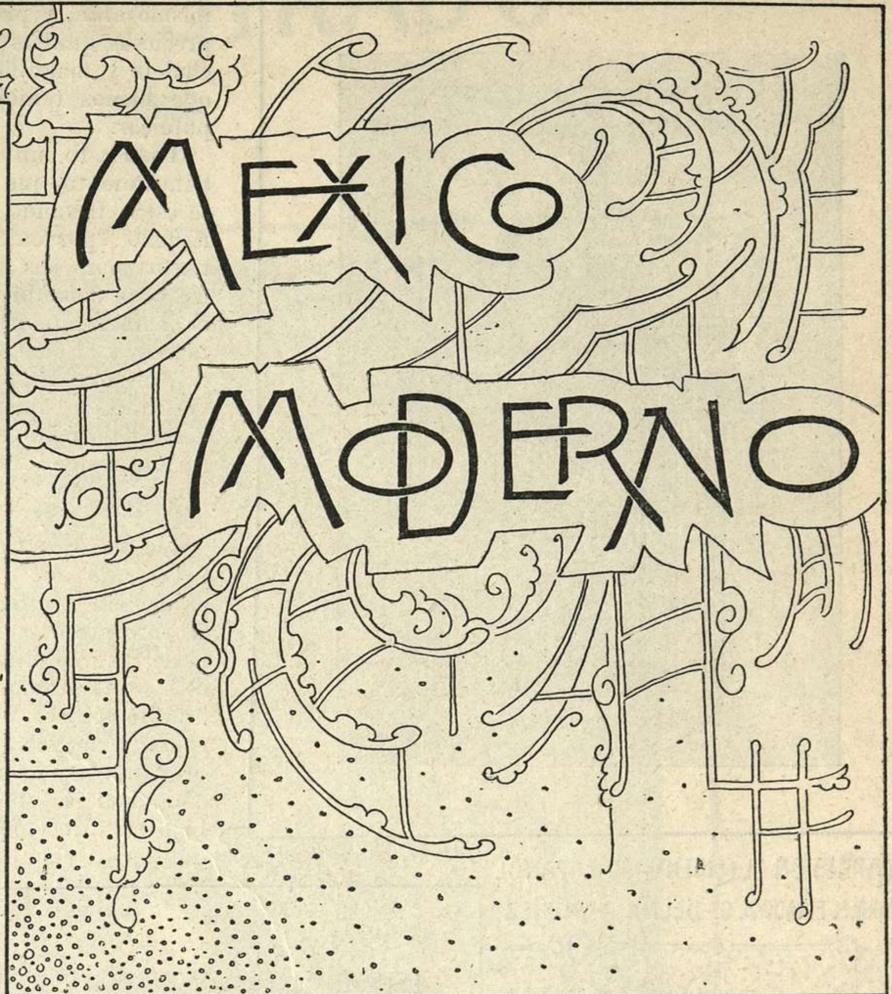
Otras monjas, atraídas por los gritos, comenzaron por expulsar á Pepe del locutorio; á pesar de sus ruegos y exclamaciones, las hermanas no se daban cuenta de lo ocurrido. Si gustaba podía volver otro día, con permiso del Director. . . .

Pero ni lo pidió, ni tuvo que buscar trabajo. . . . ¿Para qué? Al día siguiente la "Pelusa" era borrada del registro del penal. El soplo de ventura y de vida que al "chucho" había llevado consigo la hizo libre.

*Emilia Pardo Bazan.*

Este cuento obtuvo el segundo premio en el concurso abierto por "El Liberal" de Madrid.





CASA DEL SR. D. BLAS AMELIO. PUENTE DE MONZON N° 2

En esta sección de nuestro semanario, que pudiera considerarse como la más elocuente prueba de uno de los progresos que la Metrópoli ha alcanzado en los últimos años, puesto que en ella hemos publicado los más notables edificios del México actual, damos cabida hoy á algunas de las obras de más mérito arquitectónico que han llevado á cabo los señores Contri, Marroquín y Comp., ingenieros y arquitectos de reconocida reputación en esta sociedad.

No son las obras que nuestros grabados representan, las únicas que se les ha encomendado á dichos señores, que entre ellas están terminados el magnífico edificio de la fábrica de estampados de los señores Noriega, que está ubicado en la calle de la Luna, la fábrica del señor Pellandini, en la calle de Comonfort; la fabri-

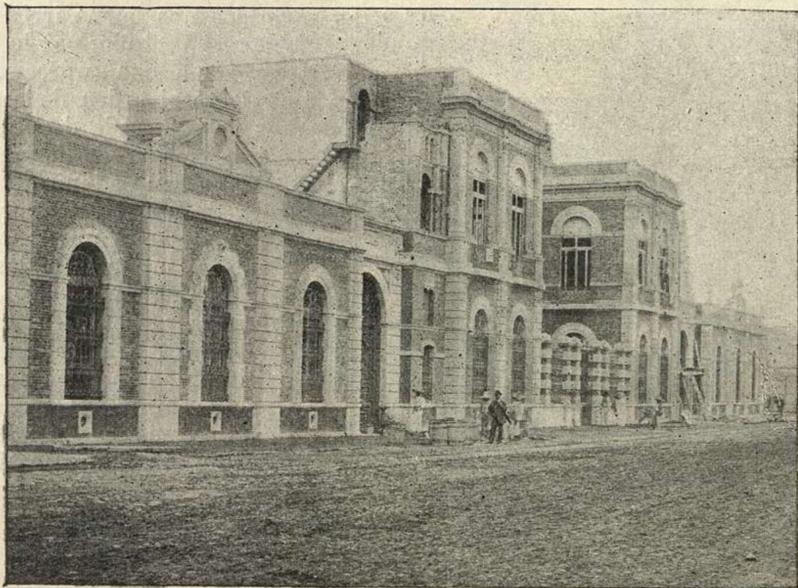


CASA DEL SR. EMILE BERTHIER. COLONIA DE SN. RAFAEL

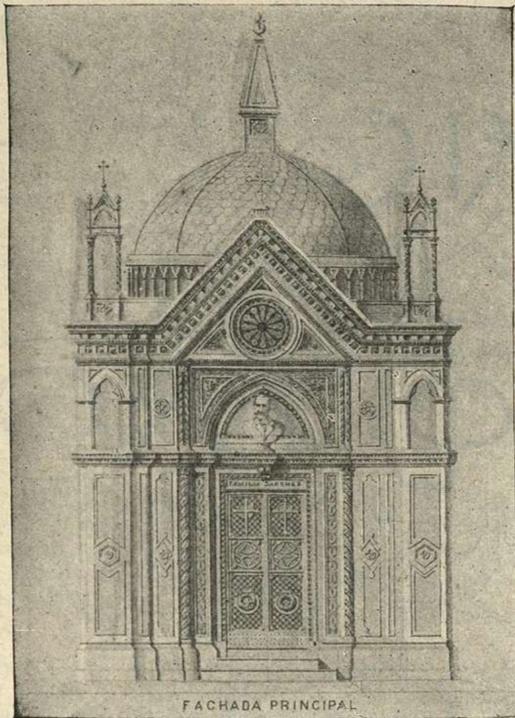
ca de ladrillos "La Corina" S. A., que se encuentra en Coyoacán y otras muchas que han llamado la atención por la solidez de los edificios, su buen acondicionamiento para el fin á que se destinan, su correcto gusto arquitectónico y el poco tiempo, relativamente, que se ha empleado en su construcción.

En cuanto al mérito de los que hoy publicamos, nuestro mejor elogio es darlos á conocer á nuestros lectores, pues ellos sabrán estimarlos debidamente.

El ensanche que día á día toma la ciudad por todos sus rumbos, el verdadero afán que se nota en todos los propietarios por construir edificios adecuados al sistema moderno y al grado de cultura que hemos alcanzado, son los mejores síntomas de prosperidad y pueden servir de base para pronosticar que antes de que transcurran muchos lustros, México, será una hermosa ciudad digna de figurar entre las más ricas en propiedades, y esto no es exagerado si se atiende, como decimos al principio, á que no es solamente en el centro de la ciudad donde se nota esta sensible evolución: en el centro se ven ya multitud de edificios tan costosos, como de buen gusto y decorados con verdadero lujo; pero si se camina por cualquier rumbo, aún en las calles más apartadas, se admiran edificios nuevos y obras de construcción en un número que nunca habían alcanzado. En las Colonias y en los



FABRICA DE CIGARROS DE LA COMPAÑIA CIGARRERA MEXICANA S. A. (ALLE DE BUCARELI)

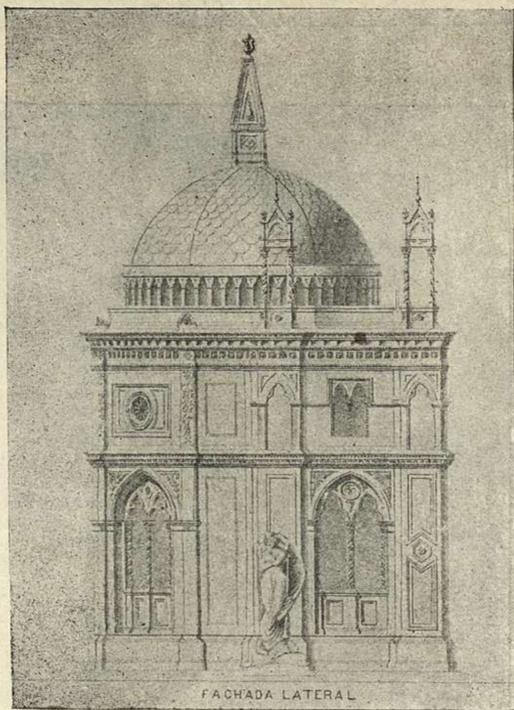


FACHADA PRINCIPAL

alrededores de México, se nota el mismo afán, y prueba de él son las preciosas quintas de campo, lujosos chalets y magníficas construcciones que hemos tenido oportunidad de publicar.

Todo esto, unido á las obras del Saneamiento, que con toda felicidad se están llevando á cabo, asegura risueño porvenir á la ciudad, tanto por sus buenas condiciones de salubridad, como por su embellecimiento, cada vez más rápido, y al cual, coadyuvan los elementos que proporciona la paz, el aumento de capitales y los hombres de trabajo é inteligencia, que como los autores de los edificios que publicamos, saben realizar verdaderas obras de arte.

Los señores Contri, Manroquín y Cía., no sólo en este género de obras han prestado su contingente al constante desarrollo del país, pues mientras que el señor Contri se dedica preferentemente á los trabajos arquitectónicos, el señor Manroquín consagra mayor atención á obras de otra índole y de no menor utilidad, como son las obras hidráulicas que bajo su dirección, se están haciendo en Guanajuato, en Coahuila

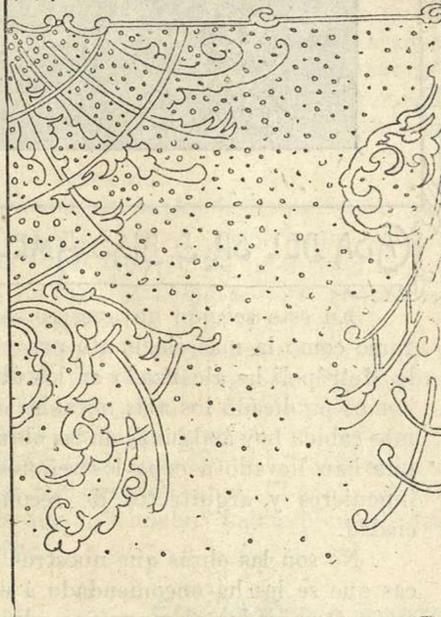


FACHADA LATERAL

CAPILLA EN EL CEMENTERIO ESPAÑOL PARA EL FINADO S. D. DELFIN SANCHEZ



CAPILLA EN EL CEMENTERIO ESPAÑOL PARA EL FINADO S. D. DELFIN SANCHEZ



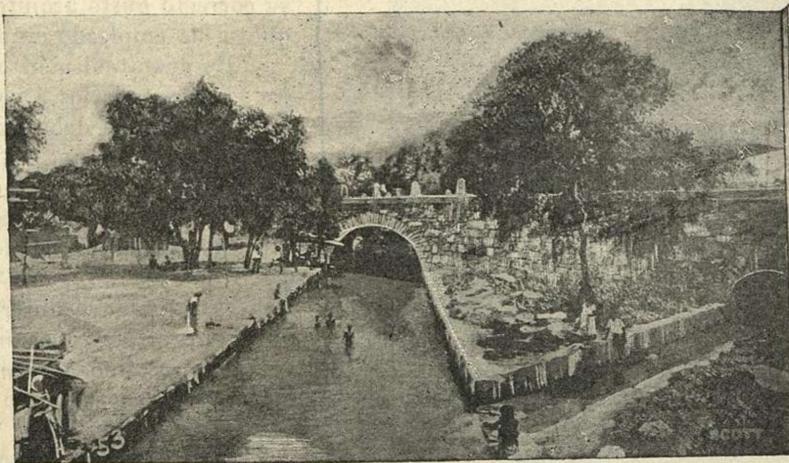
CASA DEL SR. D DELFIN SANCHEZ. PASEO DE LA REFORMA

la y en otros puntos, ora para formar presas ó bien para el aprovechamiento de nuestros grandes manantiales en la irrigación de estensos campos y producción de fuerza motriz.

El señor Contri, que últimamente ha visto minada su salud, saldrá próximamente en busca de ella, primero á Tehuacán y si no se siente mejorado, seguirá á Europa, pero espera que su ausencia será sólo de algunos meses.

Las obras de ese último género á que nos referimos en las líneas anteriores, son otros y tal vez más importantes síntomas de los progresos alcanzados, pues por todo el país se nota gran entusiasmo por aprovechar elementos naturales que antes permanecían inútiles, aun cuando para ello haya necesidad de invertir gruesas sumas y emprender obras monumentales.

Muchas de ellas ya están produciendo sus beneficios y estos alentarán más cada día á los agricultores



res y á los industriales; á los primeros para que los extensos campos que antes de ahora han permaneci-

do incultos se vuelvan productivos y merced á una buena irrigación y remota, está probado, por lo que ya vemos y por lo que es preciso suponer cimientó al orden de cosas como hoy lo está: cada día aumentará la inmigración de hombres de empresa que han adquirido plena confianza de que México prospera, cada día aumentará nuestro comercio y nuestra producción, las fuentes de riqueza serán explotadas en todas formas y como en nuestro país son inagotables, habremos entonces alcanzado el bienestar que hay, por ventura, persiguen con tanto afán como uniformidad, los esfuerzos de la Administración Pública y los esfuerzos individuales.

fuerza, elemento indispensable para las grandes fábricas.

Que esto sucederá y no en época